

AC 01 179

Radio Educativa para los alumnos de este curso, de la Universidad Nacional de Educación y también para los que quieren saber algo más, temas, orientaciones, charlas, comentarios, seminarios radiofónicos, todo esto es AccesoUNED, de 10 a 10 y media de la noche, hora peninsular, de lunes a viernes, programas interdisciplinarios e informativos, de 9 a 9 y media de la mañana, hora peninsular, en sábados alternos. Buenas noches, hoy nos vamos a ocupar de un tema de literatura, siguiendo textos de la profesora Maripaz Marsá, hablaremos del realismo, de la novela del XIX, de Galdós y Clarín, de Clarín trataremos con detalle el argumento de la regenta. El realismo es el movimiento literario que se desarrolla en torno al último tercio del siglo XIX, la cronología hay que tenerla en cuenta pero sin detenerse demasiado en el dato puntual.

En el siglo XIX España vive un continuo reajuste social, en 1833 muere Fernando VII y tras él se desatan las guerras carlistas, que hasta la marcha definitiva del pretendiente don Carlos en 1876 no se verán atajadas. La revolución septembrina de 1868 que expulsa a Isabel II de España y permite a Prín tomar las riendas del poder hasta la llegada del rey constitucional elegido por las cortes, Amadeo de Saboya, es el marco político del realismo en literatura. Así Galdós en sus episodios nacionales relata la llegada de Amadeo I con estilo castizo, no exento de humor.

Luego veremos como en los episodios relata también el comienzo de este último tercio del siglo XIX tan importante en la historia de España, como experto cronista que Galdós es. Esto dice Galdós al llegar a Amadeo I. A todos pareció don Amadeo gallardo y animoso hasta la temeridad y que el hombre tenía los riñones bien puestos y un cuajo formidable se demuestra con decir que de una monarquía juvenil le traían a reinar en una vieja monarquía devastada por la feroz lucha secular entre dos familias coronadas. Y por si no estuviera bien probado el valor del chico de Saboya la fatalidad le sometió a mayor prueba.

Al llegar a Cartagena dieronle para hacer boca la noticia del asesinato y muerte de prim que le había traído a reinar en este manicomio. Y en 1873 nos encontramos en España con la primera república, hecho que también refiere Galdós como cronista infatigable de la historia de su tiempo en sus episodios nacionales. Dice Galdós.

Desde el amanecer están pasando por Antón Martín milicianos armados. Van a sus puestos, van a su deber, van a la muerte. Oh, España, ¿qué haces, qué piensas, qué imaginas? Tejes y destejes tu existencia.

Tu destino es correr tropezando y vivir muriendo. Como le digo, toda la milicia nacional está en armas. En la calle de las huertas va un gentío inmenso chillando y milicianos a la carrera.

Oye que en la puerta del sol está la artillería. ¿Qué pasa? Que la historia de España ha salido de paseo. Es muy callejera esa señora.

En 1875 se restaura la monarquía constitucional borbónica que asienta en España un liberalismo económico marcado por el reparto de las funciones de gobierno entre conservadores y progresistas. Este hecho también es contemplado por Galdós y con él termina el último de sus episodios nacionales que titula Canovas, dándole el nombre del restaurador. Y cierra con una carta muy curiosa escrita por la musa de la historia que ejerce el empleo de portera en la academia de esta disciplina.

En esta carta hace una triste exhortación en la que sin nombrarla presagia la guerra civil. Vamos a escuchar algunos párrafos de esta carta y luego unos comentarios al respecto. En este solar desgraciado, en que aún no habéis podido llevar a las leyes ni siquiera la libertad del pensar y del creer, no me resigno al triste papel de una sombra vana, sin otra realidad que la de estar pintada en los techos del Ateneo y de las academias.

La paz, hijo mío, es don del cielo, como han dicho muy bien poetas y oradores, cuando significa el reposo de un pueblo que supo robustecer su existencia, completándola con todos los vínculos y relaciones del vivir colectivo. Pero la paz es un mal si representa la pereza de una raza. Los políticos se constituirán en casta, dividiéndose, hipócritas en dos bandos igualmente dinásticos e igualmente estériles.

No crearán una nación, no remediarán la esterilidad de las estepas castellanas y extremeñas, no suavizarán el malestar de las clases proletarias, fomentarán la artillería antes que las escuelas. Y por último, hijo mío, verás, si vives, que acabarán por poner la enseñanza, la riqueza, el poder civil y hasta la independencia nacional en manos de lo que llamáis vuestra Santa Madre Iglesia. Alarmante es la palabra revolución, pero si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla a los que no queráis morir en la honda caquesia que invade el cansado cuerpo de tu nación.

Declaraos revolucionarios díscolos, contumaces en la rebeldía. En la situación a que lleguéis, andando los años, el ideal revolucionario, la actitud indómita, si queréis, constituirán el único síntoma de vida. Siga el lenguaje de los bobos, llamando paz a lo que en realidad es consumción y acabamiento.

Sed constantes en la protesta, sed viriles, románticos, y mientras no avanzáis a la muerte, no os ocupéis de mariclío. Yo, que ya me siento demasiado clásica, me aburro, me duermo. Estas palabras, que nos descubren a un Galdós asombrosamente vivo, las fecha el autor en 1912.

El autor ha rebajado intencionalmente a la musa de la historia, situándola entre el pueblo. No sólo como portera, sino aclimatando su nombre, convierte Clío en mariclío, a la vida cotidiana de las gentes comunes. A través de su mejor exponente, Galdós, hemos tratado de explicar el contexto en el que se desarrolla el realismo.

Ya con el romanticismo se había revitalizado la novela histórica, siguiendo el impulso del escocés Walter Scott, que revaloriza las leyendas y sucesos importantes de su tierra natal. Pero en opinión de Menéndez y Pelayo, los escritores españoles sabían poco de estos asuntos, que

se trataron en el teatro y la leyenda, que permitían cierta poética adivinación, pero que el trabajo analítico y menudo de la novela no toleraba. Sí se desarrolló, en cambio, la novela de costumbres con intención social.

Había empezado en el romanticismo en forma de artículos de costumbres, recordaremos a Larra y mesoneros romanos, resaltando escenas aisladas, tipos peculiares, que se desenvuelven bajo la dinámica fundamental de la naturaleza concreta. Concepción un tanto rusoniana, de la que surgirá con fuerza la novela regional, que se inicia bajo el lema conservador del respeto a los principios morales, a la exaltación de la tradición y las costumbres establecidas. Dentro de esta línea podemos situar a Fernán Caballero, seudónimo de Cecilia Boldefaber, hija del cónsul alemán y romanista Nicolás Boldefaber, que en sus novelas hace de Andalucía una especie de Arcadia.

Alarcón, que hace una dura crítica de las costumbres licenciosas de los aristócratas, y don José María de Pereda, paladín del sector agrario de la tierra de Santander. La novela regional se basa en el respeto a los principios morales tradicionales, la exaltación de la tradición y las costumbres establecidas. Así, Fernán Caballero, seudónimo de Cecilia Boldefaber, que exalta a Andalucía, como el diplomático Valera, que exaltará el campo andaluz.

Alarcón, que critica las costumbres aristocráticas, y el santanderino Pereda, que llevado por el celo regionalista, hace aparecer a su prosa cargada de términos localistas, y por eso es un tanto árida para el lector. Sus personajes responden más al estereotipo que a la anhelada realidad del novelista. Sus obras Sotileza, Peñas Arriba, La puchera y El sabor de la tierra, entre otras, tienen fuerza dramática y una prosa cuidada.

El mismo Pereda definió su concepción de la novela. La novela a que yo me refiero aquí, tiene más puntos de contacto con la naturaleza que con la sociedad, con lo perdurable que con lo efímero y pasajero. El regionalismo que yo propongo se nutre del amor al terruño natal, a sus leyes, usos y buenas costumbres, a sus aires, a su luz, a sus panoramas y horizontes, a sus fiestas y regocijos tradicionales, a sus consejas y baladas.

Este regionalismo lo tengo yo por saludable, elevado y patriótico, porque en consistencia no deriva de una ley estampada en un papel, sino por algo que Dios puso en la esencia de los humillados. Valera, diplomático, moderno y liberal, empezó a escribir en su madurez. Clásico en sus gustos, utilizó un estilo depurado y elegante.

Su narrativa ensalza el campo andaluz, resaltando el clima, el paisaje y sus productos. Huye de lo populachero por considerarlo falto de delicadeza, somete a la realidad a una depuración artística semejante a la de los neoclásicos. Entre sus personajes concede especial importancia a la mujer, a la que dota de una sensualidad muy característica, acorde con el cálido clima andaluz.

Tenía una concepción estética, personal y refinada. Para él, la novela era género poético, producto de la imaginación, realización de lo bello, escaso, confuso y fugitivo dentro de la

naturaleza. Se le puede considerar impresionista en la manera fugaz de presentar las sensaciones de sus personajes.

Para Valera, la novela es género poético, producto de la imaginación, en cierto modo impresionista. En la novela regional de la realidad gallega se ocupa en muchas de sus obras Emilia Pardo Bazán, así en Los Pazos de Ulloa o en La Madre Naturaleza. En estas obras, los niveles de atraso de las gentes de la campiña aparecen relacionados con los de sus señores, tan primitivos o más que ellos, y sus curas prontos a tomar el trabuco en defensa de sus intereses poco legítimos.

En La Tribuna relata la triste vida de las obreras de la fábrica de tabacos de Coruña. La crudeza de Doña Emilia irritó a sus contemporáneos. Entre Valera, Pereda y Menéndez y Pelayo se cruzaban cartas llenas de reproches hacia esta mujer que se tomaba atribuciones que no correspondían a su sexo.

Doña Emilia defendía apasionadamente en Tertulias y en su revista Nuevo Teatro Crítico las nuevas tendencias de la narrativa europea. Admiradora de Balzac, Zola, Goncúr y Dostoyevsky, reconoció la necesidad de aclimatar o suavizar los temas en relación a las circunstancias del auditorio. Agrupó a los escritos en torno a esta polémica en un libro que tituló La Cuestión Palpitante.

Una dimensión más amplia de esta narrativa que estamos tratando la imprime Galdós, iniciador del realismo en su dimensión temporal, y quien lo eleva a la plenitud. Su perspectiva está por encima de concepciones localistas posiblemente por su visión de isleño, pues era canario. Hay que considerar que Galdós a los 20 años desembarca en la península y nunca pudo desentenderse de la fascinación que las tierras peninsulares ejercieron sobre él.

Dice Galdós... En mis tiempos de estudiante, aplicado y ansioso de conocimientos demográficos, me hice amigo del administrador de casas de corredor de estos arrabales con objeto de acompañarle los domingos cuando iba a la cobranza de los míseros alquileres que exigen a los inquilinos por el reducido espacio de sus viviendas. ¡Oh, qué escenas vi! ¡Qué protestas escuché! Una tarde, al salir cansado y muy soñoliento, encontré junto a la puerta de la calle a un señor que charlaba jovialmente con una vendedora de gallinejas. El lenguaje de ambos me cautivó.

Era en la boca del caballero una prosa urbana, graciosa, con ligeras inflexiones picantes, y en la boca de la tía chiripía un enjuagatorio y escupitajo de sílabas esquinadas mezcladas de guirdillas. Es Galdós quien nos ha dejado una obra más rica y más extensa en la que se manifiesta la gama más amplia y variada de los problemas que atañen a esta nación en todo el siglo XIX español. Deja toda una simbología en sus personajes.

Sólo los nombres que otorga ofrecen toda la sintomatología del estado de su situación. Desde este enfoque hemos de decir que Galdós fue, a lo largo de su extensa obra, un sutil defensor de la mujer. Algunos de los nombres de sus personajes femeninos así lo acreditan.

Dulce, Gloria, Tormento, Amparo, Paz, Soledad, Tristana, Perfecta, Fortunata, Cándida, Olvido... A juicio de Menéndez y Pelayo, Galdós no puede ser un prosista rígidamente correcto porque a ello se opone su gran fecundidad. En cambio, nos deja en sus obras un tesoro del lenguaje familiar y expresivo. Por la estructura de sus novelas se ve en él la influencia de Balzac y la comedia nueva.

A través de los estados excepcionales de conciencia que Don Benito proyecta en sus personajes se advierte la influencia inglesa sobre todo Dickens. Locos, sonámbulos, místicos, iluminados y fanáticos de todo género. Su obra es una mezcla de observación menuda y reflexiva e imaginación ardiente.

La trama de sus novelas siempre transcurre paralela a hechos históricos. O dicho de otra forma, el tejido de la narración siempre se acopla al bastidor de la historia. Galdós, gran cronista histórico de los primeros tiempos del último tercio del XIX y defensor de la mujer, escritor imaginativo.

Escuchemos el juicio que a Don Marcelino Menéndez y Pelayo, el gran crítico de nuestra literatura, le merece la figura de Galdós. La obra de Galdós es un sistema de observaciones y experiencias sobre la vida social de España durante más de una centuria. Para realizar Tamaña Empresa, el señor Galdós ha utilizado sucesiva o simultáneamente los procedimientos de la novela histórica, de la novela realista, de la novela simbólica en grados y formas distintos.

Se inició con La Fontana de Oro y publicó después más de 20 novelas y la vasta serie de episodios nacionales en la que intervienen más de 500 personajes entre históricos y fabulosos. Muchedumbre en la que están representadas todas las castas y condiciones, todos los oficios y estados, todos los partidos y banderías, todas las heroicas grandezas y todas las extravagancias, fanatismos y necedades que en guerra y en paz, en los montes y en las ciudades, en el campo de batalla y en las asambleas, en la vida política y en la vida doméstica forman la trama de nuestra existencia nacional durante un periodo exuberante de vida desordenada, rico en contrastes trágicos y cómicos. Terminamos esta parte del programa de hoy con unas palabras que el propio Galdós escribe a finales de siglo en las que manifiesta las fuentes de las que se nutrió haciendo una magnífica síntesis altamente clarificadora.

No me tengo por maestro de nadie, sino más bien por discípulo poco aventado ciertamente de la realidad y de los hechos humanos. No me pidan sistemas ni en el orden sociológico ni tampoco en el artístico. Venga el pan nuevo de donde viniere, por mi parte declaro que lo único que sé es recogerlo así en la calle como en el hogar, ya en el disertar de los sabios, ya en el charloteo de los indoctos.

Si alguna cualidad posee el que esto escribe, digna de la estimación de sus amigos, es la de vivir con el oído atento al murmullo social, distrayéndose poco de este trabajo de vigía o de escucha. Trabajo que subyuga el espíritu, se convierte en pasión y acaba por ser oficio. Otra figura literaria que merece un estudio aparte es la de Clarín, Leopoldo Alas, catedrático de Derecho Romano en la Universidad de Oviedo y profundo conocedor de las lenguas griega y

latina.

En 1885 escribía sin ninguna modestia a su editor barcelonés Tengo la satisfacción de haber terminado a los 33 años una obra de arte. A los pocos meses, la publicación de la regenta confirmaba este juicio un tanto temerario. Cuidando más que la acción en sí la complejidad moral y psíquica que esta encierra, Clarín profundizó las técnicas de la novela haciendo la solidaria de una concepción fuertemente determinista, de un entorno social que produce las enfermedades del espíritu.

Clarín reconoció que bebía de las fuentes impías, depravadas y disolutas de la novela naturalista francesa. La cultura moderna, que es la que con muy buen acuerdo procuramos adquirir, aún no está traducida al castellano. Y mientras los señores puristas sigan escribiendo en estilo clásico ideas arcaicas, la juventud seguirá siendo afrancesada en la literatura.

Traducida al lenguaje del siglo XVI las ideas del XIX, y seremos puristas. En tanto, pues hay que escoger entre el espíritu y la letra, nos quedamos con el espíritu. Para el experimentador, que diría Zola, todo sirve, y las enfermedades del espíritu son asunto de gran interés en el estudio de la naturaleza.

Hay que decir que la profundización psicológica en los personajes de la regenta alcanza una dimensión humana raras veces lograda en nuestra literatura. Las técnicas de la novela aparecen perfeccionadas en la regenta, obra clave de Clarín. Influido por el naturalismo francés, realiza una profundización psicológica en los personajes de la regenta raras veces lograda en nuestra literatura, y es posiblemente superior a Víctor Hugo, Balzac y al gran maestro Zola.

Considera Clarín, como Galdós, que el público es un elemento integrante de toda literatura, y el observador que seriamente examina las materias literarias como parte principal que son de la vida de los pueblos. Es pues a través de la literatura que los pueblos pueden estudiar el espíritu colectivo, sus cambios, progresos y decadencias. En la regenta se nos da un ambiente concreto, la provinciana ciudad de Betusta, capital del antiguo reino, de pasado heroico y triste presente.

Clarín introduce la novela dando una imagen estática de la ciudad, quieta, polvorienta, indicio del anquilosamiento en que viven sus habitantes. Parte del plano físico para trascender al plano moral. La heroica ciudad dormía la siesta.

El viento sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera. De esquina en esquina, revolando y persiguiéndose como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en pliegues invisibles.

Betusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana

de coro que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre de la Santa Basílica. Desde frases tomadas de la épica tradicional, la muy noble y leal ciudad, da un brusco salto al prosaico presente. Hacía la digestión del cocido, no ofrece perspectivas de futuro, duerme un sueño letárgico de pasadas glorias que no ha digerido.

En este ambiente nos lleva al campanario de la catedral. En él hay un hombre, un sacerdote, el magistral don Fermín de Paz, que vigila con un catalejo los barrios que pueblan la ciudad, sus posesiones. Como el naturalista estudia con poderoso microscopio las pequeñeces de los cuerpos.

Betusta era su pasión y su presa. Mientras los demás le tenían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto, él estimaba sobre todas su ciencia de Betusta. La conocía palmo a palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por el cuerpo.

Lo que sentía en presencia de la ciudad era gula, hacía su anatomía no como el fisiólogo que sólo quiere estudiar, sino como el gastrónomo que busca los bocados apetitosos. No aplicaba el escalpelo, sino el trinchante. El enfoque es claramente anticlerical, comparando la mirada ávida del magistral hacia sus dominios con la del gourmet a los alimentos que va a apresurarse a engullir.

A través de la mirada del magistral recorreremos los diferentes lugares de Betusta. El barrio de los ricos y sumisos y el de los pobres, los rebeldes, los obreros. La Encimada era su imperio natural, la metrópoli del poder espiritual que ejercía.

El humo y los silbidos de la fábrica le hacían dirigir miradas recelosas al campo del sol. Allí vivían los rebeldes, los trabajadores sucios, negros como el carbón y el hierro, amasados con el sudor. Los que escuchaban con la boca abierta a los energúmenos que les predicaban la igualdad, federación, reparto, mil absurdos, y a él no querían oírle cuando les hablaba de premios celestiales.

Entre las posesiones espirituales del sacerdote hay una muy apreciada. Es Doña Ana Ozores de Quintanar, casada con el exregente de la audiencia. Mujer cuya personalidad, producto de una educación contradictoria, ha ido acumulando frustraciones a lo largo de su vida.

Su belleza es estéril porque el esposo, mucho mayor que ella, no puede satisfacer su deseo de maternidad, ni sus necesidades afectivas. Galdós reprochó a Clarín, tras la publicación, que el sexo se evidenciara constantemente en la novela, que apareciera como la fuerza motora de los personajes. Ana Ozores intenta desagrar su espíritu atormentado mediante la confesión con el magistral.

Cree poder gratificar su alma con esa comunicación espiritual que le ofrece una salida del mundo mediocre en el que está obligada a vivir. La situación provoca un deterioro en su personalidad, que se ve aquejada por dolencias histéricas. Ana creía ver en cada rostro la llama de la poesía.

Las betustenses le parecían más guapas, más elegantes, más seductoras que otros días. Y en los hombres veía aire distinguido, ademanes resueltos, corte romántico. Con la imaginación iba juntando por parejas a hombres y mujeres que pasaban.

Sólo ella no tenía amor. Ella y los niños pobres que lamían los cristales de las confiterías eran los desheredados. Una ola de rebeldía se movía en su sangre, camino del cerebro.

Temía otra vez el ataque. Se agolpan las sensaciones en esta mujer atormentada, gustativas, olfativas, táctiles, visuales. Su celo místico poco puede contra su fuerte y joven naturaleza que se revela.

De lo material físico salta clarín a lo psíquico-anímico. Así la maternidad frustrada se le evidencia ante la imagen de unos niños pobres lamiendo los cristales de la pastelería. Otra vez el símil gastronómico.

Hay tanta avidez en el espíritu de la protagonista como ansia de dulces en esos niños. Un tercer personaje enturbiará la vida de la regenta. Su carencia de amor le hará sentir atracción física hacia el petimetre oficial, el don Juan Provinciano.

Don Álvaro Mesía, el marquesito. Personaje arquetípico del que Clarín no necesita decir mucho. Solo le interesa manifestar el efecto que causa en la regenta.

Su mano tropezó con la del hombre. Sintió un calor dulce y un contacto pegajoso. No era el magistral.

Era don Álvaro que venía a su lado hablando de cualquier cosa. Ella apenas le oía. Ni quería atribuir a su presencia aquel cambio de temperatura moral que lamentaba para sus adentros.

Se consuma el adulterio con el marquesito ante la mirada complacida de la ciudad que quería ver aquel armiño en el lodo. Solo el magistral no se divierte. Su ansia de posesión espiritual de Ana Ozores ha derivado en una fuerte pasión material.

Se siente traicionado. El estado de ánimo del magistral, en el que se atropellan deseos, recuerdos y sensaciones que se superponen al sentimiento de impotencia violenta, no lo hubiera logrado Clarín sin su perfecto dominio del lenguaje. Sí.

Él era como un eunuco enamorado. Un objeto digno de risa. Una cosa repugnante de puro ridícula.

Su mujer. La regenta que era su mujer. Su legítima mujer.

No ante Dios. No ante los hombres. Ante él sobre todo.

Ante su amor. Ante su voluntad de hierro. Ante todas las ternuras de su alma.

La regenta, su hermana del alma. Su mujer. Su esposa.

Su humilde esposa. Le había engañado. Le había deshonrado.

Ana, que le había consagrado el alma, una fidelidad de amor sobrehumano, le engañaba como a un marido idiota, carnal y grosero. Le dejaba para entregarse a un miserable lechuguino. A un fatuo.

A un elegante desimilador. A un hombre de yeso. A una estatua hueca.

La regenta, su carencia de amor le hace sentir atracción hacia don Álvaro Mesía, el don Juan Provinciano, con el problema del engaño al marido legítimo. En este punto, el elemento dramático se acentúa con la introducción del monólogo interior que potencia la perspectiva subjetiva del personaje. Técnica narrativa por la que, desde la intimidad, se proyectan los sentimientos hacia el exterior.

La introspección le lleva hacia la contemplación de la regenta, su hermana, su mujer, su esposa, anteponiendo el posesivo y la posesión amorosa, frente al tratamiento que da al galán, causante de la traición, al degradarle con un cúmulo de calificaciones despectivas. La venganza del magistral se consuma. Logra desencadenar un duelo entre el esposo legítimo de Ana Azores, a quien Clarín presenta como admirador del teatro calderoniano y el petimetre.

Muere el regente y Mesía huye cobardemente de Betusta. La regenta, sola frente al desprecio de la ciudad, ofrece a su confesor socorro moral para su culpa. El magistral, con un gesto incontenible de venganza, hará intento de estrangularla, del que desistirá al caer ella desmayada.

Al despertar, la regenta siente una viscosa sensación que le produce náuseas. El húmedo beso de Celedonio, el acólito afeminado de la catedral, escapa aterrada de allí. Un mundo de pasiones conflictivas es el que narra Clarín en La regenta.

Leopoldo Alas refleja en su obra, en realidad, el ambiente y los personajes de Oviedo. Faltan muchos en este esbozo, el ateo oficial de Betusta, el agnóstico honrado a quien su beata hija tortura hasta matarlo de hambre, los aristócratas maldicentes. Baste decir que la ciudad de Oviedo se echó sobre Leopoldo Alas y que este mantuvo una agria correspondencia con el obispo de Oviedo y con el pueblo de Leopoldo.

Esperamos tengáis una visión completa del realismo literario español del último tercio del XIX e ideas claras sobre dos de sus principales protagonistas y sus principales obras. Nos referimos a Galdós y sus episodios nacionales y a Clarín y su obra La regenta. Por hoy nada más.

Muchas gracias por vuestra atención y hasta mañana. El 8 de la noche con los programas educativos y culturales de la UNED. Hasta mañana, muy buenas noches.